

mal. La gente dice entonces que es una persona con mala suerte... Pero, en realidad, todo es culpa de la piedra.

—¿Y las perlas de sabiduría?

—Son piedras que contienen conocimientos. Tienen un gran valor... Yo poseo media docena, algún día te las enseñaré.

—Eso me gustaría mucho —dijo Cecilia mientras Arsenio detenía el coche frente a una casita pintada de azul claro con las persianas de color azul oscuro y una alta chimenea blanca.

—Ya hemos llegado —anunció, abriendo la portezuela del coche—. Aquí es donde vive mi amigo, el profesor Popper.

Popper tardó mucho en abrir la puerta, pero, cuando lo hizo, se puso muy contento de ver a Arsenio, y le dio un caluroso apretón de manos.

—Mi querido Popper, esta es Cecilia, una estudiante que quiere aprender mi oficio. Figúrate...

A través de sus gruesas gafas, Popper miró a Cecilia con asombro. Tenía unos ojos grises e ingenuos que recordaban a los de un ciervo. Su



Su compañero tenía el ceño fruncido, y, a la luz de la linterna, su rostro exhibía una palidez casi amarillenta.

—Esto va a ser más difícil de lo que yo creía —murmuró—. Según dice aquí, el secreto de la fabricación de instantes perfectos lo tiene la familia Rinaldi, que lleva varias generaciones traficando con piedras mágicas. Por lo visto, hace falta un aparato especial inventado hace más de dos siglos por un antiguo miembro de esa familia. Solo con ese aparato se puede introducir un recuerdo perfecto en un diamante de gran pureza, y solo ese aparato puede volver a sacar el recuerdo del diamante.

—¿Y quién tiene ese aparato ahora mismo? ¿Hay más de uno?

—Me temo que no. Solo existe un aparato semejante en todo el mundo... Y actualmente lo tiene el último vástago de la familia Rinaldi, un joven llamado Mauricio.

—¡Pues vamos a buscarlo! —exclamó Cecilia, levantándose tan ruidosamente de la silla, que varias linternas se volvieron hacia ellos

